

OBRA MAESTRA
DEL
CINE

La desposada de nadie



por

Herbert Rawlinson

25 cts.

Año I - N.º 16

Barcelona,

15 Julio 1974

Ministerio

y Relación.

Puig y O., 62

Teléfono (28 A)

OBRAS MAESTRAS

1974

CINE

PUBLICACION SEMANAL

Constitución:

España 3 pts. 30

Extr.º 17 s. mbo

En el extranjero 2

pts. 15 s. mbo

Extr.º 17 s. mbo

Extr.º 17 s. mbo

Extr.º 17 s. mbo

LA DESPOSADA DE NADIE

Comedia dramática, basada en el argumento
del mismo título, marca

UNIVERSAL

Concesionarios: HISPANO-AMERICAN FILMS

V. lencia, 33 - BARCELONA

PERSONAJES

Ann, Neris	Herbert Rawlinson.
Mary Butler	Alice Lake.
Doris Standish	Rena Muyphi.
Cyrus W. Hopkins	Phillip Smalley.
El tío Peder Standish	Robert Dudley.
La señora de Standish	Lillian Langdon.

Jimmy Nevis era un nátrago de la vida. Aseguran ciertos tratadistas de sociología, ciertos demagogos, que el hombre nace libre; pero el hecho es que después de su nacimiento no existe hombre que escape a la influencia de esas fuerzas ocultas que rigen el destino de cada cual y que hemos dado en llamarlas, por aplicarles un nombre al que alcanza la razón humana, circunstancias. Y las circunstancias que rodeaban la vida de Jimmy Nevis no podían ser más desagradables.

No era un caso de desgracia único, ni siquiera raro, pues en la historia de la humanidad, ningún dolor, ningún pesar, ningún infortunio es nuevo ni extraordinario, como tampoco es nuevo ni extraordinario nada en que intervengan el amor, el placer, la alegría, la dicha y toda esa serie de palabras que a veces son pura ilusión porque también lo mismo con las agradables y optimistas, que con las desagradables y pesimistas, se miente mucho y se finge más.

Jimmy, de un solo golpe, le había perdido todo en la vida. Su padre, después de arruinarse en especulaciones desgraciadas, murió; a su madre no había llegado a conocerla siquiera, y en novia, al quedarse Jimmy en la miseria, la había perdido, no por ella en sí, sino por

exigencias de su familia harto codiciosa y egoísta. Quedó, pues, roto el equilibrio en la vida de Jimmy Nevis.

El día en que comienza este relato, el desdichado Jimmy hallábase sentado en el banco de un parque de la ciudad, meditando sobre su desgracia. Sus ojos, mortecinos, recorrían el trayecto que alcanzaba su mirada, tropezaban por todas partes con escenas que por humildes que fuesen, le causaban un escorzo en el alma muy semejante a la envidia, aunque propiamente no fuese envidia, pues Jimmy era noble y sano de espíritu. Aquí, dos obreros comían un cacho de pan acompañado de un fiambre cualquiera con la misma delicia que si fuese el manjar más exquisito; más allá, se arrullaba una pareja de enamorados; en otra parte del paseo, jugaban unos niños bajo la vigilancia materna; en otro extremo del parque un viejecito sonriente echaba bocanadas de humo y aspiraba el aire con fruición, con ganas de vivir; cantaban los pájaros alegremente, murmuraba el río, se besaban las hojas de los árboles. Todo reía a la vida, todo, menos los ojos, la boca y el pensamiento de Jimmy Nevis, que habíanse olvidado de reír.

Una mujer joven, bien vestida, echaba de comer a las peónas que se arrullaban en torno suyo.

Alguien arroja al suelo un papel con los restos de una comida. Jimmy lo mira con ojos codiciosos; hace muchas bocas que no ha comido. Va a levantarse para recoger aquello; pero un ran, más fella que él, se adelanta y cuando el joven llega, en el papel no queda ya ni una

niga de pan. Entonces se apoya en un árbol, no puede sostenerse y cae desmayado. La señora que echó de comer a las palomas, se acerca presurosa. Se aproximan también otras personas y un guardia. Lo levantan, y la señora dice:

—¡Pobre hombre... debe tener usted hambre!

—Lo que está es borracho. Voy a llevarlo a la comisaría—apunta el guardia.

Pero la señora se opone a esto y ordena que avisen un taxímetro para llevarlo ella, pues es comida lo que el desgraciado necesita.

En efecto, avisan a un auto y Jimmy y su desconocida protectora se meten dentro. Parte el coche y al llegar a cierta calle, se para delante de un edificio. Jimmy y la desconocida entran en la casa, suben la escalera, se detienen ante una puerta que tiene esta placa:

Mademoiselle Darney

Miniaturas

Mademoiselle hace sentar a Jimmy en un diván y luego le sirve de comer. El va recuperando sus fuerzas: sus ojos recobran el brillo de la juventud, su boca se entreabre en una sonrisa leve, de su frente desaparece la nube de tristeza que ensombrecía los pensamientos. Luego de haber acallado el hambre, Jimmy pregunta:

—¿Por qué ha hecho usted todo esto por mí?

—, Quién sabe!... Acaso porque me interesa su cara, su tipo...—replica Mademoiselle



*Doris odiaba a su prometido, el rico banquero,
Cyrus W. Hopkins*

Darney sin dar excesiva importancia a sus palabras.

¿Quién es esta mujer que se comporta como una gran dama, como una dama caritativa sin remilgos, sin aspirar a ningún adjetivo encomiástico en la gran prensa y que, sin embargo, habla con ese desparpajo y confiesa a un hombre que le gusta? Todo lo que hasta ahora se puede suponer, es que Mademoiselle Darney es una mujer de corazón más que una mujer cerebral y por serlo es generosa y pródiga y por serlo también vierte sus pensamientos sin distraxerlos con las conveniencias sociales, que a tanta hipocresía y a tanta farsa obligan.

Mientras, en el piso de abajo, donde viven tres artistas amigos de Mademoiselle, uno de ellos lee en un periódico esta noticia:

«Maravillosos regalos en el casamiento de un millonario. El valor de las joyas se calcula en más de doscientos mil dólares.

Mañana contraerán matrimonio, en caso de la novia, el rico financiero, Cyrus W. Hopkins y la bella señorita Doris Standish.»

Otro de los artistas habla por teléfono con Mademoiselle:

—Oye, preciosidad, el pastel está terminado. Voy a subir a darte la parte que te toca.

—No, no subas, es mejor que yo baje. Mademoiselle cuelga el auricular y dice a Jimmy:

—Árabe usted de comer. Yo vuelvo enseñada.

Y sale.
El que ha telefonado a Mademoiselle, cuando ésta entra en el cuarto de los bohemios, la besa en el cuello. Es un tipo un poco raro.

rullizo, colorado, cubierto con un bonón color ceniza. Se llama Charlie.

Los artistas informan a Mademoiselle de la noticia que publican los periódicos referente al enlace del millonario Cyrus Hopkins y de la señorita Doris Standish.

—Este es tu gran negocio, Charlie—apunta uno.

—Ha marcado las cosas que debéis llevaros—apunta otro.

¿Y cómo podrá ser eso?—interroga Mademoiselle.

El que habló primero contesta:

Todo está arreglado para que tú y Charlie estéis como criados en la casa. Smithy estará esperando con el auto la noche que deis el golpe.

Mademoiselle, una vez informada, se despidió y sale. Charlie la acompaña hasta la puerta y le envía un beso con la punta de los dedos.

Nosotros hemos averiguado que Mademoiselle Darney no se llama así, sino Mary Butler, y que los artistas no son tales, sino timadores. Lo cual no evita que la acción realizada por Mary Butler recogiendo a Jimmy Nevis, sea ejemplar.

Y no sólo ejemplar, sino sublime, máxima en una mujer de vida tan azarosa, que vive en un medio tan poco edificante, tan inmoral, para decirlo con toda la crudeza de lenguaje que el caso requiere.

Estos son los contrastes que tiene la vida: la gran señora, la gran dama piadosa no es capaz muchas veces de una acción tan noble, tan

bucna como las que con toda sencillez realiza una mujer que es todo lo contrario de la virtud según la moral pública.

* * *

En otro barrio de la ciudad, la decoración es muy distinta, pero la farsa es mucho más repugnante aunque esté dorada por las apariencias sociales.

Pedro Standish, cuya fortuna está muy quebrantada, ha realizado un negocio de acuerdo con el gran financiero, el millonario Cyrus Hopkins: entregar a éste la mano de su sobrina Doris Standish, hermosísima joven que odia mortalmente al millonario. La madre de Doris, la señora Stryvesant Standish, sabe que a su hija no la hace feliz el matrimonio que le han concertado; pero considera al novio un excelente partido y consiente llena de alegría que su hija se case con Hopkins, que aunque antipático, feo, grotesco, es millonario.

En esta casa todo es actividad. Varias modistas, varias costureras preparan los vestidos, las ropas de la novia que, sentada en un extremo del salón, está llena de tristeza. Tío Pedro y el novio acaban de ajustar el trato. Luego tío Pedro ruega a su sobrina que sea complaciente, cariñosa con Cyrus y ella responde:

—No puedo, tío Pedro... no puedo... le odio!

—Son los nervios, querida... estás excitada... todo se arreglará—concluye él.

Y cuando sale el novio y a Doris le enseñan los vestidos que le preparan, la joven rompe a llorar con desconsuelo, pues le parece que su traje de novia es su mortaja.

II

Mary Butler encontró a su huésped dormido sobre el diván en que lo había dejado. Le tocó suavemente en el hombro para despertarlo, lo que no le fué difícil, y cuando Jimmy abrió los ojos, le dijo:

—Salgo para el campo dentro de media hora... he de pintar un retrato. Usted cuidará de la casa mientras yo estoy ausente. ¿Me hará ese favor? Cuando vuelva le buscaré trabajo y le enseñaremos un oficio.

A Jimmy Nevis le pareció bien todo el programa y Mary salió volviendo al cuarto de los artistas, que acabaron de trazar el plan para apoderarse de las alhajas regaladas a Doris Standish con motivo de su casamiento. Mientras, en casa de ésta hablaban su madre y su tío Pedro.

—No creas—decía la madre—que sea el recuerdo de Jimmy Nevis el que hace obrar a Doris de esta manera tan inconveniente para todos?

—¡Sí!... ¡Sí!... La culpa debe ser de ese golfo. Hicimos muy bien en despacharlo de

aquí cuando su padre se arruinó y murió. Creo que anda por ahí hecho un pordiosero.

En esto una doncella anunció que aguardaban los nuevos sirvientes, que no eran otros que Mary y Charlie. La señora Stryvesant les hizo entrar y dijo a su criado:

—Son los criados que mandé a buscar.

Después dio instrucciones a los flamantes fámulos y se retiró llena de dignidad.

La pobre señora Stryvesant Standish, estaba muy lejos de saber a quien había admitido como sirvientes; al contrario, le complació la cara sonriente de Charlie y el rostro simpático y dulcísimo de Mary Butler.

El día en que había de celebrarse la boda de Doris y Cyrus, hallábase reunidos los traidores en el cuarto de abajo. Uno de ellos, Smithy, estaba borracho, según su costumbre.

—Hemos de buscar a otro para que guíe el auto esta noche —aconsejó Morgan.

—¿Quién es ese muchacho que he visto entrar en tu cuarto varias veces? —preguntó Charlie a Mary.

—¿Por qué está contigo?

No seas mal pensados. Es un muchacho honrado —repuso Mary.

Perfectamente —es un muchacho honrado puesto que tú lo aseguras —apuntó Charlie— pero es preciso que hoy deje de serlo.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Mary.

—Lo que oyes, paloma. Esta noche ha de conducir él el auto. Le heis creído que Gene que irá a buscarle a ti para traerle a tu casa, y en paz. No es necesario que sepa nada de nuestro negocio.



— ¿Es quise casarse con él? — ¡No! Prefería rubor — replicó la novia

—¡Yo no comprometo a ese joven!—exclamó ella.

Morgan se puso furioso y amenazó:

—Vas a hacer que lleve el auto o voy a enmargar a Charlie que le propine unos puñetazos: elige.

Mary transigió, pues sabía muy bien lo brutos que eran sus camaradas. Subió a su cuarto hallando a Jimmy de mejor aspecto que el día del parque.

—Ya tiene usted otra cara—le dijo Mary.

Jimmy le explicó:

—He trabajado un día en un garage, me he acostado y me he comprado una corbata.

Mary sonrió y como Jimmy se había hecho muy mal el lazo de la corbata, se lo arregló diligentemente, con cariño. Luego se sentaron los dos en el diván y ella le dijo:

—Esta noche tengo que ir a tomar apuntes para hacer el retrato de la novia de un millonario que se casa hoy. ¿Tendría usted inconveniente en ir a buscarme con el automóvil de mi amigo Charlie, después del casamiento?

—Estoy dispuesto a hacer todo lo que usted me mande. Voy a arreglar el coche—repuso sencillamente Jimmy.

Luego se apuntó las señas a que había de ir a recoger a Mary y ésta se marchó de nuevo a casa de los Standish.

Comenzaron a llegar los invitados a la boda. Los autos de los que llegaban se iban alineando frente al chalet. Llegó también Jimmy Nevis guiando el de los *aristos*, quedando más apartado que ninguno, pues Mary le había in-

dicado el lugar en que debía esperarla para que Jimmy no supiera a qué casa había ido.

En el salón, sobre una larga mesa, se exhibían los regalos, magníficos en verdad. Charlie les había robado el ojo y había descubierto también que un individuo vestido de smoking que iba de un lado para otro, por toda la casa, era un detective, lo cual no dejó de desagradarle.

Aquel celoso funcionario de la justicia podía clausurar la combina. Claro que Charlie conocía a maravilla su oficio y era capaz de esconder las alhajas a la vista del detective, pues el apache era un manipulador experto, habilísimo. Todo lo cual no importaba para que, puesto a optar se hubiera decidido por la desaparición del detective que el fin y al cabo era de suponer que conociera su oficio tan bien como el grande Charlie el suyo.

Ya estaba preparado el altar y todo dispuesto para celebrar la ceremonia, pero la novia no se había dejado ver aún.

—¡Vamos, que salga la novia!—gritaron algunas muchachas impacientes por ver a Doris.

Ella estaba en su cuarto ya vestida.

Mary, que como doncella de la casa la había ayudado a vestirse, la preguntó:

—¿Le gusta a usted casarse con él, señorita?

—¡Preferiría robar!—replicó con crudeza Doris.

Luego quedóse contemplando el retrato del novio: gordiflón, de rostro innoble, casi ridículo, y se quitó la mantilla tirándola al suelo con rabia.

Salíó Mary del cuarto, pues quería hablar con su cómplice para dar el golpe. Vió a Charlie al pie del tramo de escalera porque se bajaba al salón donde estaban expuestas—¡y tan expuestas!—las alhajas, pero el detective rondaba por allí también. Mary simuló que se caía y al acudir Charlie en su auxilio, éste le advirtió:

—El friano del smoking es un detective.

Hablaban los dos timadores cuando salió el detective. Charlie entró después guardando todas las alhajas en un bolso de mano que escondió debajo de la mesa que tenía unas faldas largas. Luego, como oyó rascar, volvió a salir. Los pasos correspondían a Doris que entró en el salón por distinta puerta, dispuesta a fugarse de aquella casa para no casarse con el hombre a que querían venderla. Doris cogió el bolso que Charlie metió debajo de la mesa, saliendo precipitadamente a la calle. Ya en ésta se dirigió al automóvil que supuso no era de ninguno de los invitados, ordenando al chófer que partiera. Cual no sería su asombro al reconocer quién era el chófer.

Jimmy Nevis!—gritó

—Doris!—repuso éste.— ¡Cra! que le estás casando!

—¡No puedo, Jimmy! ¡Me repugna ese hombre! ¡Me escapo! ¡Tienes que ayudarme!

—Es imposible, Doris. Aguárdo a una señora.

—¡Por favor, Jimmy! ¡Date prisa! ¡Luego te explicaré todo!

Jimmy no tuvo más remedio que complacerla, pues el acento angustiado de Doris le

impresionó fuertemente. Subieron al auto y éste arrancó a toda velocidad.

La tardanza de la novia comenzó a inquietar a todos. Uno que había ido a llamarla volvió, diciendo:

—¡Doris se encerró en su cuarto y ni siquiera responde!

El detective había descubierto el robo de las alhajas y así lo hizo saber a tío Pedro, que replicó:

—Luego nos ocuparemos de eso... primero vamos a buscar a la señorita Standish.

Acudieron todos en tropel ante la habitación de la novia, que golpearon repetidas veces, gritando al mismo tiempo:

—¡Doris!... ¡Doris!... ¡Abre!

El asombro, la inquietud se reflejaba en todos los semblantes. No se concebía en que en fecha tan solemne Doris no demostrara prisa ninguna por atarse al dulce yugo matrimonial, según opinión de cualquier machacha casadera y menos aún que se encerrara por dentro, sin responder a la primera llamada que se le hacía.

Y sin embargo...

La puerta permanecía cerrada. Dentro no se oía ni el más leve ruido. Entonces decidieron descerchar la puerta. Cuando estuvo franqueada la entrada, entraron en la habitación quedando consternados, especialmente la madre de Doris.

¿La habitación estaba vacía?

Por su parte, Charlie también se llevó una desagradable sorpresa al ir a recoger el bolso de debajo de la mesa de donde había desaparecido. Fuése a encontrar a Mary, a la que dijo:

— ¡Hemos sido burlados!... Alguien se ha llevado las joyas. Debemos hacer algo enseguida.

No tenían, sin embargo, otra cosa que hacer que abandonar la empresa, toda vez que las alhajas habían desaparecido, juntamente con la novia. De manera que Charlie y Mary salieron de la casa como habían entrado.

Buscaron el auto y no lo vieron tampoco.

— ¡No ha venido ese! — resopló Charlie.

— Estoy segura de que sí, pero se habrá marchado — replicó Mary.

— ¿Y por qué?

— ¡Qué sé yo, Charlie! No me lo explico. Hemos de resignarnos y tomar el tranvía.

— Sí, el tranvía está a un kilómetro de aquí... y todo cuesta arrriba.

Pero no hubo más remedio, a pesar de la protesta del orondo e indignado Charlie y él y Mary se fueron a pie en busca de la línea tranviaria más próxima.

III

Cuando se hubieron alejado unos kilómetros del chalet, Doris se tranquilizó. Jimmy le decía:

— Doris, ¿te das cuenta de que es esta la primera vez que nos vemos desde que mi papá se arruinó y tu tío me echó fuera de su casa?

— Sí, Jimmy... y era que ya no te acordabas de mí. Por eso estuve a punto de... casarme.

Bien, Doris, pero ahora que te tengo, ¿qué voy a hacer contigo? Puedo llevarte a casa de una amiga que tengo, pero...

Ella se molestó:

— Si soy una carga para ti puedes dejarme ahora mismo.

— ¡Una carga?... ¡Vamos, Doris, no hables así! Me preocupa únicamente el no tener dinero para atenderte como yo quisiera.

En efecto; la situación que creaba a Jimmy la fuga de Doris no era muy halagüena y nada extraño era que se preguntara ¿qué había de hacer con ella?, pues la miseria de uno es mala, pero la de dos en compañía es peor y más humillante.

Continuaron hablando hasta llegar a casa de Mary Butler. Subieron. Jimmy dijo a la joven:

—Puedes descansar aquí esta noche y cambiarte de ropa. Por la mañana decidiremos lo que se ha de hacer.

—Muy bien, Jimmy... y hazme el favor de traerme algo para comer. Tengo un apetito atroce.

—Si me dan una costilla de ternera por treinta céntimos, que es todo mi capital, la traeré y si no podré fiado.

Jimmy salió, llevándose una sorpresa. En el descansillo de la escalera encontró a Mary y Charlie que hablaban. El se disculpó:

—Mademoiselle, le pido perdón por no haberla esperado. Las circunstancias me obligaron a obrar de otra manera. Luego le explicaré.

Charlie intervino:

—Mejor será que nos lo diga ahora... Es muy importante.

Bajaron los tres al cuarto de los artistas donde Morgan y Smithy aguardaban impacientes el resultado del golpe que sus camaradas habían de efectuar. Cuando estuvieron dentro, Charlie les dijo en dos palabras lo acontecido y luego se encará con Jimmy:

—¿Dónde están las joyas?

—Creo que este pájaro nos lo puede decir— murmuró Morgan.

—Hasta todo claro... nos la ha fugado—aseveró Smithy.

Mary protestó:

—No seáis locos... El no sabe nada... ¡No jurarle!

—Que no lo sabe, ¿eh?... Cuando ha estado viviendo en la misma cuarto—gritó Charlie.

Charlie no podía creer que dos personas de distinto sexo vivan juntos sin que esto impli-



—¿En qué consuelo te he puesto?— suspiró Doris.

que una ligazón material que no es posible que un sujeto de su condición conciba las razones

de simpatía, de cariño sin intervención de la carne, de confianza mutua, de convivencia respetuosa. Para él todo tenía que ser grosero, carnal y egoísta.

Jimmy comprendió:

—Veo claramente que sois una banda de ladrones, pero ignoro de qué se trata.

Charlie, Morgan y Smithy estaban furiosos y no creían ni por asomo en la inocencia de Jimmy, así es que lo registraron de pies a cabeza por si tenía encima las alijajas. Como no le encontraron nada, entre los tres le propinaron una soberana paliza, derribándolo en tierra. Mary, que no pudo evitar la cañallada de sus cómplices, se arrodilló levantando la cabeza de Jimmy, que chorreaba sangre, y diciéndole:

—Siento mucho el haberle metido en esto, Jimmy, por favor, perdóneme.

Y es claro que él la perdonaba de corazón. No podía olvidar que ella lo había recogido el día que se cayó en el parque a causa de la debilidad a que lo había conducido el hambre y la miseria de su vida.

Morgan ordenó a Charlie:

—Charlie, ve arriba y busca en su cuarto.

Charlie salió.

El asombro de Doris al ver entrar a aquel sujeto en la habitación a donde ella aguardaba a Jimmy, sólo es comparable a la de Charlie al encontrarse con ella. El bandido bajó a avisar a sus compañeros, subiendo los tres.

Jimmy, repuesto del aturdimiento que le produjo la brutal paliza, preguntó a Mary:

—¿Dónde están esos?

—Están arriba.

Jimmy echó a correr escaleras arriba, entrando en el cuarto donde estaba Doris con los tres timadores. La joven se apercibió de la señal que Jimmy tenía en la sien. En esto entró Mary. Charlie la dijo irónicamente:

—No sabía que estabas trabajando por cuenta de la joven heredera.

—Estúpido!—murmuró Mary.

—Lo mejor es que llevas a la señorita a otro cuarto mientras nosotros hablamos de esto—aconsejó Morgan a Charlie.

Este condujo a Doris a otra habitación. Luego volvió a reunirse con los demás y metieron a Jimmy con la joven.

—¿En qué conflicto te he puesto!—lamentó Doris.

—¡Esto no es nada! ¡Piensa lo que hubieras podido pasar!

Se habían sentado en el borde de la cama. Doris reclinó la cabeza sobre el hombro de Jimmy que estaba inquieto, más que por su propia suerte, por el peligro que corría su antigua novia que volvía a serlo sólo violenta y voluntariamente el compromiso que le ataba a los millones del famoso financiero Cyrus W. Hopkins. Y la verdad es que la inquietud de Jimmy Nevis estaba más que justificada, pues aquellos bandidos habían demostrado en él mismo que eran incapaces de piedad.

La banda de estafadores se trasladó al piso de abajo. Así transcurrió el resto de la noche planeando la manera de sacar dinero por la libertad de Doris Standish. Este y Jimmy Nevis, también pasaron la noche hablando. Ella decía:

— Aunque mi tío Pedro les dé dinero por mi rescate, yo volveré a estar bajo su dominio y no seré feliz como ya no lo era.

— ¡No te preocupes de tu tío! Lo principal es que salgas de aquí—objetó Jiminy prudentemente.

Se habían realizado las gestiones necesarias para sacar partido de la retención de Doris, pero el tío de ésta no estaba dispuesto a dar un centavo por su rescate.

Los bandidos leyeron en un periódico de la mañana:

«El rico banquero rehúsa pagar por el rescate de su sobrina. — Pedro Standish desafía a los raptadores.»

«El banquero Pedro Standish rehúsó ayer por la noche pagar sesenta mil dólares que unos bandidos le piden por la libertad de su sobrina Doris, que desapareció de su domicilio a misma noche que se iba a casar con el banquero Hopkins.»

— Al viejo no le gusta alojar los cuartos—refunfuñó Charlie. Luego fue a ver a los prisioneros para enterarles de la negativa del tío de la joven. Jiminy leyó la noticia indignado por la sordidez de Pedro Standish.

Charlie le dijo:

— Todo depende de ti. Busca un medio para

obligar al viejo a que nos dé el dinero. Será mucho mejor para ti... y para la muchacha.



El valiente Jiminy derriba la puerta arrollando a Morgan.

Dicho esto salió el bandido. Jiminy, después de reflexionar un momento, exclamó:

—Doris, creo que he encontrado la manera de arreglarlo todo.

—¿Cuál?

—Ya la sabrás. Ahora voy a proponerla a esos canallas.

Jimmy Nevis salió del cuarto y comunicó a los estafadores:

—Denme un revólver y que me acompañe uno, yo sacaré el dinero al viejo para ustedes.

Los tres bandidos deliberaron unos minutos.

Jimmy les advirtió aún:

—¿No comprenden ustedes que quedándose la muchacha aquí no voy a engañarles?

—Ya sabes lo que haríamos con ella si pretendieras hablarte de nosotros. ¿verdad?—le preguntó Charlie.

Pues por lo mismo que lo sé, no pienso en tal cosa.

Convencidos de la sinceridad de Jimmy, le dieron un revólver y Morgan dijo:

—Perfectamente... manos a la obra. Smithy irá con usted. Abajo encontrará ropa para presentarse mejor.

Y Jimmy Nevis, seguido de Smithy, se encaminó después de mudado, al domicilio de los Standish.

IV

Jimmy encontró a Pedro Standish lleno de ira y quiso explicarle:

—Doris, su sobrina, está en peligro de muer-

te. Le voy a contar a usted todo, sin omitir siquiera mi participación en este asunto.

Y Jimmy Nevis le relató sinceramente todo lo ocurrido, sin escamotear ningún detalle. Pero el viejo avaro no quería darse a parir, y replicó:

—No daré ni un céntimo! Es una combinación de Doris y de usted para sacarme dinero.

El miserable estaba acostumbrado a hacer negocio hasta la propia honra y no se explicaba que otro sentimiento más puro hiciera a los hombres dar un sólo paso. Pero allí estaba Jimmy Nevis para demostrarle lo contrario por más torpe y sórdido que fuera, y lo era hasta la exageración.

—Está usted equivocado. Doris está en peligro de muerte, pida dinero por su libertad, por su vida. ¿Qué contesta usted, señor Pedro Standish?

—Creo que la mejor respuesta que puedo darle, Nevis, es ponerlo en manos de las autoridades.

—Antes de que se decida usted a una cosa así es conveniente que mire usted a mi gorra—replicó Jimmy con perfecta tranquilidad levantando con la mano izquierda la gorra que sostenía con la derecha, con la que empuñaba un revólver. El tacazo quedóse frío; Jimmy le insinuó:

—Sonría usted, Standish, y diga en la casa que se ve usted obligado a ir a su despacho.

Pedro Standish tuvo que sonreír y con esta sonrisa forzada en sus labios demacrados, salió de su casa acompañado de Jimmy Nevis. Toparon un auto después de dar la dirección

al chófer. Jimmy, dentro del coche, le seguía encanionando. Standish le rogó:

—Quíte esa arma de delante... no tenga miedo, haré lo que usted me diga.

Jimmy se guardó el revólver en el bolsillo sin quitar los ojos del viejo. Así llegaron al Banco Metropolitano, donde entraron. Pidió Standish, sin que Jimmy se separase de su lado, hizo efectivo un cheque de cinco mil dólares y volvieron a salir. La operación la habían espiado un detective y Smithy. El auto en que fueron al Banco había desaparecido con Smithy dentro, pues tenía ser descubierto por el detective. Jimmy advirtió a éste, diciéndole:

—Es un ladrón que quiso robar a mi cliente.

Pero ya había desaparecido Smithy, que telefonaba:

—El fulano nos ha engañado! No nos queda más remedio que llevarnos a la muchacha a otro lado.

Mary informó a los otros. Morgan dispuso:

—Mari, vete a buscar un taxímetro. Yo vigilaré para cuando venga la policía. Charlie puede guardar a la muchacha.

Charlie bufó:

—¿Ves lo que nos pasa por haber tú recogido a ese gullo?

Fracasado el golpe toda la ira la descargaba sobre la pobre Mary que se había comprometido neciamente por no poder resistirse a la voluntad dominadora de los tres estafadores, que desde algún tiempo atrás la utilizaban para estos feos negocios.

En cuanto Jimmy, aconsejó a Pedro Standish:

—Dese prisa... marchemos en su taxi. Y se dirigieron en busca de Doris.

V

Mary Butler habíase dado perfecta cuenta de que Jimmy amaba a otra, a Doris Standish, pero aun su amor estaba dispuesto al sacrificio. Así dijo a Charlie, que repantigado en una butaca quedóse vigilando a la prisionera, mientras Morgan quedóse fuera por si llegaba la policía que no los sorprendiera:

—Dámela la llave... tengo mi sombrero y mi abrigo ahí dentro.

Charlie le dio la llave y Mary metióse en el cuarto en que estaba Doris a la que advirtió:

—Voy a dejarla escapar.

—¿Usted?—interrogó Doris asombrada.

—Sí, yo. Salga sin hacer ruido y pase por detrás de Charlie cuando yo abra la puerta. Se creerá que soy yo. Morgan está esperando en la primera puerta. Espere en el corredor hasta que él vuelva arriba. Entonces corra y avise a la policía. ¡Ah! y dígame usted a Jimmy que le heba esto por él.

—¿Y usted?—preguntó Doris emocionada por tan grande sacrificio.

—Yo me quedo encerrada aquí, en su lugar. Después... ¡ya veremos!

Doris salió cruzando rápidamente por detrás de Charlie, que oyó ruido de pasos sin saber quien salía; pero supuso que era Mary. Charlie entonces se levantó y llamó a la puerta tras la cual creía estaba Doris, diciendo:

—Sal, querida. Vámonos a conocernos.

—No quiero—dijo Mary con voz apagada, para que Charlie no la reconociera.

—Perfectamente, preciosidad. Ya me tratarás mejor más tarde.

Charlie volvió a sentarse.

Mientras tanto, Pedro Standish y Jimmy se agachaban del auto y entraban en la casa. Doris, que estaba en el pasillo, siguiendo las instrucciones que Mary le había dado, se ocultó para no ser descubierta. Morgan entró en el cuarto para avisarle:

—Va están ahí.

Entonces Charlie volvió a acercarse a la puerta, gritando a la prisionera:

—Todo está bien, muchacha... Sal. Tu tí está aquí con el dinero.

—Espera... ya saldré—repuso Mary, que esta vez fué reconocida.

Charlie, rabioso, dió un fuerte empuellón a la puerta, que la hizo caer. Mary tuvo que empujar con todas sus fuerzas; pero aun así nada consiguió. Mary no tuvo más remedio que salir.

—Con que eras tú?—rugió el feroz Charlie, acorralándola y arrojándola brutalmente contra la pared. La infeliz consiguió escapar de las garras del bandido, encerrándose otra vez. Morgan se impuso al bárbaro que a todo trance pretendía dar caza otra vez a Mary.

—No seas loco, Charlie. Primero saquemos el dinero a esos fulanes. Luego le arreglaremos a esa las cuentas.

Morgan, más ladino que sus camaradas, sabía perfectamente que a Mary la tenían segura, mientras que los 50,000 dólares del rescate

de Doris Standish aún estaban en el aire. Así, Charlie, tuvo que ceder y reprimir su rabia, guardándola para después, toda vez que era imposible que se le pasaran los deseos de venganza.

La policía, puesta en la pista por el detective del Banco Metropolitano, había entrado en la casa, casi detrás de Smithy. Apercibido Morgan, se apresó con Smithy a defenderse desde lo alto de la escalera. Entre la policía y los dos bandidos empezó un duelo a muerte, mientras Charlie, rencoroso, se lanzó en persecución de Mary, que huía de una habitación a otra, horrorizada. Por fin la atrapó en la alcoba, que Charlie cerró con llave.

—¡Va eres mía!... Estás en mis manos, preciosa!—rugió el bandido abalanzándose sobre ella.

Mary se defendía a duras penas, rodando por el suelo, empujada por Charlie.

Morgan y Smithy, acosados por la policía, se encerraron en el piso. El valiente Jimmy logró derribar la puerta, arrojando a Morgan; luego entró en la alcoba cuando Mary estaba herida de un balazo que le dió Charlie. Jimmy y el bandido lucharon un momento, llegando la policía a tiempo de apoderarse del malhechor. Jimmy se abalanzó a Mary, alzándola amorosamente la cabeza. Estaba herida en el pecho. La cogió en brazos y la puso con cuidado sobre el lecho; luego la acarició.

—¡Cobarde!—rugía Jimmy.

—No importa, Jimmy. Usted ama... a ella, ¿verdad?

—¡Que llamen a un doctor enseguida!—gritó.

to Jimmy a un agente de la policía, pues notó que Mary se moría por momentos.

—Ma muero—suspiró ella.

—¡No! ¡La salvaré!

—Sí, Jimmy. Ma muero. Y es mejor así, Jimmy, porque usted será dichoso con la otra. Eso es todo... ya... ya...

No pudo acabar. La pobre Mary Butler, la que echaba de comer a las palomas del parque, la que se aguijó de la miseria y de la desgracia de Jimmy Novis, acababa de morir a tiempo que Doris Standish entraba en el dormitorio.

—¿Ha muerto la infeliz?—preguntó la joven acercándose al lecho.

—Donde ella ha ido, encontrará la felicidad que las circunstancias le otorguen. Era una verdadera mujer—fué el responso de Jimmy, que le puso el punto final de un beso dado en la frente a la muerta.

FIN

El representante exclusivo de todas las publicaciones de EL CINE en América del Sur es

Don Antonio Almaden

Calle Belgrano, 1925 - Casilla 1004 - LIII

BUENOS AIRES

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

Para dar mayor garantía a los lectores de *Obras Maestras del Cine*, el sorteo de las postales se hará en combinación con la Lotería Nacional que se juega el 7.º de cada mes, correspondiendo el premio de *Obras Maestras del Cine* el número de la Lotería Nacional sobre que recaiga el premio mayor.

Como se da el caso de que el tiraje de *Obras Maestras del Cine* excede con mucho, mensualmente, a treinta mil ejemplares, al llegar las postales de esta novela cinematográfica al número 30.000, se volverá a empezar por el uno y se darán tantos premios como poseedores haya del número premiado.

En cada ejemplar de *Obras Maestras del Cine* se incluye una hermosa postal al huego-grabado con el retrato de los más famosos artistas de la pantalla.

Dichas postales, que irán numeradas, darán derecho a tomar parte en el sorteo mensual de una fotografía directa, con máscaras, de populares intérpretes del arte mudo.

NÚMEROS PUBLICADOS

- 1.º *Almor en tanta*; 2.º *En el Palacio del Rey*;
- 3.º *Pedrucho*; 4.º *El terramota*; 5.º *Lecciones de amor* (postal de Gloria Swanson); 6.º *Paul, el bobo-caricue* (extraordinario); postal de Thomas Meighan;
- 7.º *Morant del Perfecto Casado* (postal de Pola Negri); 8.º *Digo Blanco* (postal de Charles Ray); 9.º *Sin ayuda de nadie* (postal de Betty Compson);
10. *El hombre de Río Perado* (postal de Charles Rochet); 11. *La Reina de Saba* (postal de Jacqueline Logan); 12. *El tesoro de la carabela* (postal de Edmund Lowe); 13. *El huésped de media noche* (postal de Rodolfo Valentino); 14. *Si las mujeres mandasen* (postal de Viola Dana); 15. *La Cachorrilla* (postal de Antonio Moreno); 16. *La desposada de nadie* (postal de Bárbara La Marr).

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

En su número próximo, que se publicará el día 26 del corriente, publicará,

EL SUPREMO TESORO

según el interesante argumento de la magistral película de la popular marca Goldwyn, interpretada por la bellísima y estrependa estrella Lestrice Joy y el famosísimo actor Richard Dix.

EL SUPREMO TESORO

es la novela del amor y de la ambición por la riqueza y el nombre, representando uno y otras dos matrimonios jóvenes, felices unas veces y desgraciados otras, como ocurre en la vida, pero

EL SUPREMO TESORO

es una película llena de realismo y de vigor, un reflejo emocionante y bello de la vida cotidiana, no exenta de poesía, y desde luego mucha más interesante que lo fingido y lo falso.

EL SUPREMO TESORO

es la novela cinematográfica que no olvidará usted nunca por el ejemplo que presenta y por como sangran los corazones de algunos de sus personajes, aniquilados por el amor.

Diseño de J. Warren Corrigan, reputado como el hombre más elegante y más guapo de Nueva York.

Concesionario exclusivo de venta para Cataluña: **LIBRERIA ITALIANA**
Rambla Cataluña, 125 - BARCELONA

Imp. GARRIGÉ, Villarroel, 12 y 14. - BARCELONA

010 042 (16)

Lea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal para
las familias

20 céntimos número

Suscripción:

2'50 pesetas

trimestre

con derecho a un elegante álbum de música GIRA-
TUITO con las 16 composiciones más populares
de la temporada

PUBLICACIONES «EL CINE»
Pelayo, 58 • Teléf. 4128 A
BARCELONA

Imp. Villaroch, 12 y 14